

Sencillez, alegría y profundidad

por Estíbalitz Reino Prada,
publicado en *Vida Religiosa*, diciembre 2007, nº 10, vol 103, pg: 36-37 (492-493)

Dentro de poco celebraremos las fiestas de la Navidad. ¡Qué misterio tan grande: Dios hecho hombre! Este año, tras un corto tiempo de Adviento, volveremos a celebrar esta realidad que sobrepasa el entendimiento humano y, al mismo tiempo, nos dilata el horizonte de una manera extraordinaria.

La fiesta de Navidad viene envuelta en un ambiente festivo popular, que todavía perdura en nuestras sociedades de tradición cristiana. Por todas partes encontramos signos de algo especial: decoraciones con luces, estrellas, reuniones familiares, intercambio de regalos. En este tiempo se estrechan lazos, se expresan buenos deseos... en muchos lugares se pone un "Belén", y muchas veces con gran esmero. Cuando la Pascua ha quedado casi borrada socialmente, la Navidad, con más o menos fidelidad, sigue teniendo relevancia. Quizás pueda ser éste el camino por donde Dios se abra paso de nuevo, o por primera vez, en la vida de muchos, o sencillamente de algunos.

Nosotras, una pequeña comunidad de mujeres enamoradas de Dios y con voluntad de serle ayuda en su proyecto, celebramos su gran profundidad salvífica, expresada, meditada y hecha oración en la liturgia, conjugando con sobriedad su sabor popular festivo.

Sí, la vena profunda de la Navidad fluye en la liturgia, que nos introduce en el misterio de que Dios haya decidido compartir con nosotros la existencia, haciéndose uno de nosotros. Esta realidad cambia nuestra vida radicalmente: Dios, encarnado en un hombre, nos revela su amor a la humanidad, *"por el gran amor que Dios nos tiene nos ha mandado a su propio hijo en semejanza de carne de pecado: nacido de una mujer"*. Y, al desvelarnos este amor inmenso, el Padre nos muestra la dignidad humana. Pues no hay mayor dignidad que ser el amor de tal Padre, *"qué admirable intercambio, el creador del género humano, tomando cuerpo y alma, nace de una virgen, y hecho hombre sin concurso de varón, nos da parte en su divinidad"*. San Juan de la Cruz lo canta así: *"en los amores perfectos/ esta ley se requería: que se haga semejante/ el amante a quien quería;/ que la mayor semejanza/ más deleite contenía...y la Madre estaba en pasmo/ de que tal trueque veía:/ el llanto del hombre en Dios/ y en el hombre la alegría..."*. Dios y el género humano celebrando bodas, haciendo familia. Hasta qué punto nos compromete esto con Él es abrumador. La pasión de Dios es el hombre; la nuestra, si es realmente unirnos a Él, no puede ser otra. De ahí que este tiempo de Navidad sea, por su parte, una invitación a acercarnos a los más solos, de compartir nuestro tiempo, nuestros bienes, nuestra alegría, esperanza y grandes deseos con quien pueda necesitar de modo especial un gesto de amor que le recuerde que es hermoso a los ojos de Dios, que es digno de su amor, sea cual sea su condición en esta vida; que no está solo, que tiene Padre y hermanos.

El nacimiento de Jesús es motivo de fiesta, de fiesta profunda, vivida en lo hondo del ser, de la que brota el agradecimiento y la entrega. Fiesta celebrada y nutrida

en una liturgia cuidada según nuestras posibilidades, mimando cada celebración. Pero también creando en la casa durante estos días un ambiente alegre, distendido: decoramos la casa con algún adorno típico, cantamos villancicos populares, propiciamos la comunicación entre nosotras, compartimos nuestro tiempo con los que se acercan y nos acercamos a los que están lejos.

En torno al Belén, que algunas hermanas preparan poniendo todo su ingenio, delicadeza y arte, bien en oración, bien en recreación, renovamos la esperanza y el compromiso de hacer junto a Él un mundo más humano, más cercano al proyecto de Dios. En el que la paz y la fraternidad universal sean una realidad que alcance a todos.